



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11098

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 26 DE OCTUBRE DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loratte rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAL EJEMPLO

Por mas que hacemos no logra mos salir de nuestra sorpresa.

Más que sorpresa nos produce estupor lo que sucede

¿Qué pasa? ¿Es que se disgrega España y ante el tremendo espectáculo de la patria hecha trizas se excitan nuestros nervios y sube á los labios el grito de protesta? No, no es eso; la patria se disgrega hace tiempo y los nervios se enfrenaron y las gargantas permanecieron mudas

¿Es que pelagra la libertad a tanta costa conquistada? Tampoco, las libertades quedaron en suspenso, sufrieron un eclipse transitorio y nadie dijo na la que no estuviera dentro de lo conveniente y de lo justo.

Las desventuras de la patria han pasado á la vista de todos y las hemos presenciado con resignación de mártir. Al eclipse de la libertad ha asistido el pueblo español, y como mártir se ha prestado á sufrirlo, para no hacer más grandes aquellas desventuras. Se le dijo que cualquiera perturbacion podía comprometer la gestión de los comisionados de París y puso un candado a sus labios y un freno á su impaciencia y esperó silencioso á que dejara de ser peligroso manifestar su pensamiento.

Y, no obstante, la perturbacion surge. No viene de las impacencias de abajo; no se origina por el deseo de saber lo que ha pasado en cada uno de los puntos donde ha sufrido un desgarrón la patria; ni siquiera reconoce por causa el modo de apreciar como deben resolverse los asuntos pendientes. Se origina en causas más chicas y sobre pequeñas, vergonzosas. Aquí donde hemos visto hundirse dos escuadras y perderse dos colonias sin protestar siquiera, por temor de aumentar nuestros males; aquí donde se trata de arrebatarnos

contra toda razon y justicia el resto de nuestro imperio colonial y seguimos teniendo paciencia para continuar discutiendo nuestro derecho a conservarlo, no han podido o no han querido los que dirigen la política ser prudentes en otras cosas que causarían risa sino causarían asco; y al ver á un pariente de un deudo de un ministro fustigado por un periodico, lo han tirado todo por la ventana. Seriedad, prudencia, conveniencias del país, todo ha ido en monton al arroyo.

Y esto lo han hecho los que predicaban uno y otro día que era necesario tener paciencia; los que desconfiando de que tuviéramos la suficiente, plantearon la previa censura; los que un día y otro han estado predicando la paz para salir cuanto antes y con la menor lesion posible del estado excepcional en que nos encontramos

El ejemplo que se da con tal conducta no puede ser más desastroso; y el espectáculo que estamos dando al extranjero no puede ser más censurable

GLORIAS NACIONALES

Desgraciada batalla de Zalaca.

22 de Octubre de 1086.

El día 30 de Junio de 1086 desembarcó en Algeciras Yussuf ben Tachfin, emperador de los almoravides de Marruecos, con un contingente de soldados tan escogido como numeroso, por haber solicitado su auxilio Ebn Abed, que, al ver los progresos de las armas cristianas, temía muy de veras por la suerte de los creyentes de Mahoma.

Noticioso Alfonso VI, que se hallaba ocupado en el sitio de Zaragoza, de la llegada y propósitos de los almoravides tan luego se le unieron las huestes catalanas y aragonesas del conde Berenguer y del rey Don Sancho, marchó al encuentro de los invasores, quienes unidos á los ejércitos que organizaron los

reyes de Granada, Sevilla y Badajoz habían emprendido el camino de Toledo.

El 23 de Octubre de 1086 avistáronse ambos ejércitos en las cercanías de Zalaca, entre Badajoz y Mérida.

Intimidado el rey castellano por el emperador almoravide para que renegara de su religión y le pagara tributo como vasallo, el infiel obtuvo la contestación que cuadraba á su arrogancia y soberbia, trabándose inmediatamente una lucha, cuyo resultado fué fatal para los cristianos, pues aunque todos pelearon con saña fiera, demostrando en los distintos periodos de la batalla una decisión verdaderamente asombrosa al arrojarle sobre sus enemigos, la superioridad numérica dió la victoria á los infieles, si bien á costa de pérdidas cuyo número era muy aproximado al de las que tuvieron los castellanos.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

Crónica Madrileña

SUMARIO: Los primeros saludos del invierno.—Cambió la decoración.—De política.—Operación que se impone.—La Higiene en Madrid.—Por los teatros.

Ya cayeron las primeras lluvias otoñales, y como siempre coinciden con la aparición de la nieve en las crestas del Guadarrama, la brisa que éste nos envía ahora, tiene bastante semejanza con la que en Enero hace tiritar de frío á los desgraciados que duermen en los quicios de las puertas, lo que quiere decir, estimados lectores, que estamos los madrileños á las puertas del temido y despiadado invierno.

Las capas han hecho ya su presentación; pero no la oficial, puesto que aun no se las ha visto por las calles durante el día, no así los gabanes, que sin duda por ser más decorados que aquéllas, no han tenido vergüenza en presentarse lo mismo á la luz nocturna que á la diurna.

Hoy en las casas nadie se ocupa de otra cosa que no sean preparativos para ponerse á cubierto de las asechanzas del invierno, de la estación en que el astro del día no calienta nuestra epi-

dermis, ni acelera la circulación de la sangre.

Esa ocupación, ó preocupación, puesto que más es ésto que aquélla, nos tiene á la mayoría de los habitantes de Madrid con un humor de dos mil diablos, con motivo del problema en que los frios invernales nos plantean.

También hicieron su aparición las primeras nieblas.

Después de haber visto caer durante varios días una lluvia menuda, monótona, persistente de esa que cala la ropa y trae á la memoria los frios invernales, Madrid amaneció envuelto en una niebla que esfumaba los objetos y borraba los horizontes.

La sorpresa fue grande, sobre todo para los que acostumbramos á dejar la cama cuando el sol está cansado de alegrar las ciudades.

Al apercibirnos desde el lecho que los rayos del diurno astro no entraban en nuestra habitación, oímos que aun la fastidiosa lluvia de los días anteriores continuaba cayendo, y como á esta creencia se unía el estar acostumbrados á no ver en Madrid las nieblas hasta pasado el día de Todos los Santos, nos sorprendió la presencia de ese fenómeno del invierno.

En un principio se acrecentó en nosotros la nostalgia de los días de hermoso sol, padecida á consecuencia de la pertinaz lluvia, y maldecimos la niebla por venir á entristecernos más; pero al poco rato, al medio día próximamente, la bondeciamos: se dividía en inmensos y flotantes girones, y por entre ellos llegaban á la tierra potentes haces de rayos solares, que devolvían á las calles y paseos su alegría y esplendor y á nosotros nos sacaban de la somnolencia y del fastidio con que los días lluviosos nos habían obsequiado.

Hoy la bóveda celeste posee todos sus esplendores y ni el más pequeño celaje empaña su pureza, y aquí, en la tierra, vuelve á reinar la melancólica dulzura de los días otoñales.

El sol luce como antes; pero la alegría se ve restada en todas partes: es que las lluvias y la niebla pasadas son los primeros saludos de la estación de los frios y de las escarchas, el aviso meteorológico de la próxima llegada del invierno, han marchitado colores y muerto las alegrías que aun conserva-

ban los jardines y paseos como resquicios del pasado verano.

Visto lo que en la transcurrida semana ha sucedido entre la gente política, es indiscutible que el barómetro goza de bastante influencia en las esferas donde viven, nunca en paz, los que han venido al mundo para disponer á su antojo del país que ha tenido la desgracia de verlos nacer.

No sabemos lo que habrá de cierto en las denuncias formuladas por el director de «El Nacional»; pero si podemos decir que han tonido más trascendencia que el delator pudo suponer, cosa que todos debemos celebrar por sí los hechos denunciados resultan de una verdad irrefutable.

La regeneración de un pueblo decrepito y corrompido por los vicios y concupiscencias, solo es posible poniendo al descubierto sus miembros gangrenados, para que el bisturí desempeñe su misión; en otra forma... la gangrena continuará en progresión ascendente hasta que el cuerpo no posea ni un solo átomo de sana y vigorosa sangre. Preferible es á que ocurra tal cosa que haya escándalo y ruidos por el suelo reputaciones y principios cuyas bases, carcomidas ó de materiales detestables por lo general, asientan sobre un terreno pantanoso que mata con sus infamias y pestilencias todas las purezas y virtudes de los que tienen la desgracia de posar su planta en él.

Mirémosnos todos en el espejo del presente, y aprendamos á no tener consideraciones ni á admitir convencionalismos cuando del bien de la Patria se trate; pues solo así es posible esa regeneración que tanto se ambiciona hoy.

Otro que se propone sanear, aunque empleando distintos procedimientos, lo que produce náuseas, es el conde de Romanones, nuestra primera autoridad municipal.

Primero la emprendió, contra los panaderos, y hoy dirige sus tiros á los que en una forma ó en otra arrojan la Higiene y atentan contra la vida de los miseros y desgraciados mortales que tenemos la desdicha de habitar en este Madrid tan odiado como ahito de desventuras.

No crea nadie que es una exagera-

dió: nos vamos acercando al lugar donde debéis ponerlos en asocho.

Mr. de la Chaumiere se asió á la capa de Lucas Cabezudo, y procuró hacer, al andar, el menos ruido posible.

Lucas Cabezudo le hizo dar vueltas por algunas habitaciones oscuras, y Mr. de la Chaumiere le dijo:

—¡Vive Dios, bribon! ¿cómo quieres que salga de aquí solo, si me has desorientado?

—Salid de aquí como podais, caballero, dijo Lucas Cabezudo con acento burlon é incisivo.

Y se dejó la capa en las manos de Mr. de la Chaumiere, y escapó.

Mr. de la Chaumiere no se detuvo. Comprendió que Lucas Cabezudo queria encerrarle; se lanzó tras el ruido de sus pasos y llegó á la puerta á punto que esta iba á cerrarse.

Mr. de la Chaumiere era hombre de muchas mas fuerzas que Lucas Cabezudo, y no pudo este cerrar la puerta.

El francés pasó sigilendo el leve ruido de los pasos de Lucas Cabezudo que huía; pero estos pasos se le perdieron.

IX

Mr. Prevaux de la Chaumiere adelantó decididamente con las manos extendidas por delante, y á pocos pasos tropezó con una pared entapizada.

Se deslizó á lo largo de la pared por la derecha, y encontró una puerta. Aquella puerta cedió á la presión de su mano y el francés se encontró en una habitación donde penetraba alguna luz á través de las vidrieras y de las cortinas blancas, bordadas, de una puerta.

A aquella luz tenue se veía un magnífico lecho blanco con colgaduras de seda, blancas tambien: al otro lado del dormitorio, frente al lecho, un reclinatorio, y sobre él un crucifijo; algunos sillones dorados componían el mueblaje de esta alcoba, que era tan grande como muchas de nuestras salas modernas, muy elevada de techo y con las paredes bellamente pintadas con alegorías y adornos que no se acomodan bien á causa de lo débil de la luz. Una alfombra gruesa apagaba el ruido de los pasos de Mr. de la Chaumiere, que se dirigió sin vacilar á la puerta vidriera, á través de la cual observó, levantando un tanto el cortinaje interior.

Daba aquella puerta á una gran cámara. Cerca

tisimos; ni ha venido carta, ni ha venido el guardian ni vos habeis hecho nada de lo que habiamos convenido.

—¡Oh! sí, sí señora: dentro de cuatro días se pondrá la marca convenida en las puertas de las casas de los que deben ser presos en el primer momento, para que no puedan auxiliar al duque de Anjou.

—Entre tanto pasa el tiempo, dijo doña Esperanza: de todos esos conspiradores de que me hablais, no he visto á ninguno.

—¿Qué querais, señora! han sucedido casi dos desgracias simultáneas: don Luis Davalos ha sido malherido por un gitano, á cuya hija pretendia; y don Juan de Santivañez ha sido herido muy mal en el pueblo de Taracena, cuando esperaba en la puerta de la posada, como parte del destacamento de guardias que debia escoltar desde Taracena á Guadalupe á esa aventurera, que se llama princesa de los Ursinos: todo nos sale mal; el rey no avanza, como debiera, sobre Madrid, se pierde tiempo, y mucho me temo que nos sea imposible apoderarnos de Felipe de Anjou.

—Pero en fin, ¿cómo meditas combatirlos?

—Desconfiad, señora, que se hará lo que se pueda, y si no se consigue el objeto, si me veo desahuciado, habré hecho todo lo que podrá hacer en fa-